La Muerte de César,

Sociedad de Autores Españoles

La Muerte de César

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

José Casado Pardo



VALLADOLID
Tipografía de LA LIBERTAD
Miguel Iscar, letra F

1904

LA MUERTE DE CÉSAR

LA MUERTE DE CÉSAR

Juguete cómico en un acto y en prosa,

ORIGINAL DE

José Casado Pardo

Estrenado
en el TEATRO LOPE DE VEGA, de Valladolid,
por la compañía de D. José G. Hompanera,
el 22 de Marzo de 1904.



VALLADOLID
Establecimiento Tipográfico de *La Libertad*
MIGUEL ISCAR, LETRA F:

1904

Á D. Tomás Luceño

su leal amigo

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
ROSA, esposa de César..	SRTA.	DELAGE.
DOÑA DULCE, madre de Quiquín y esposa de don Doroteo.	SRA.	ENVID.
CELEDONIA, criada.		SUÁREZ.
CÉSAR..	SR.	PUGA.
DON DOROTEO.		VICENT.
DON EUGENIO, médico..		VIÑAS.
QUIQUÍN, gomoso muy corto de vista.		AGUDÍN.
ANTONIO PÉREZ, empleado achulapado de una Funeraria..		JORGE.
DON PEPE, tío de César..		SÁNCHEZ.

Época actual.

La acción en una capital de provincia.



ACTO ÚNICO

El teatro representa la modesta casa de César. Primer término izquierda espectador, una camilla y varias sillas. Puertas practicables á izquierda, derecha y foro. La primera, cubierta con una cortina.

ESCENA PRIMERA

ROSA cose sentada y CELEDONIA está á su lado de pie.

ROSA. Dí que te lo fíen ¿á mí qué me cuentas?

CELED. Ha dicho que si hoy mismo no le pagan, dispondrá mañana de la habitación, porque el amo está cansado ya de coplas.

ROSA. (Molestada.) Vaya; que haga lo que le dé la gana. Déjame en paz. No sé como quiere que le diga, que hasta tener carta del tío Pepe, es inútil que se moleste. Esa gente no tiene consideración de nada ni de nadie. Estoy ya de cuentas y de cuentos hasta la coronilla.

CELED. ¿De modo que le digo?...

ROSA Sí; que nos deje en paz; que gracias á Dios tenemos muy buena memoria y no echamos en saco roto su encarguito.

CELED. (Bajo y marchándose.) Me parece que de aquí no saca un perro chico ni el Erario público. (Vase.)

ESCENA II

ROSA, á poco CÉSAR.

ROSA No le dejan á una ni respirar. ¡Malditos *ingleses!* ¡Les tengo un odio mortal! Si yo hubiera sido Krüger, no queda ni el casero. Menos mal que el tío, al saber por mis cartas que César se está muriendo, perdonará todo lo sucedido y con seguridad que soluciona esta crisis que estamos cruzando Dios sabe cómo.

CÉSAR (Que sale por la puerta del foro, vestido ridículamente con un chaleco blanco muy antiguo, puesto, y completamente afeitado. Lleva en la mano un *pequeño estuche* y canta con la música del tango de "El mozo crúo„ (1)):

Siempre pa atrás
tú lo verás.....
si esto sigue así
yo voy á enfermar.

ROSA ¿Cuánto te han dado por mi sortija? Lo menos dos pesetas ¿eh?

CÉSAR Ni dos chufas. (Entregándola el estuche que guardará Rosa.) Ahí tienes tu alhaja y no

---

(1) Este cantar puede ser sustituído por otro cualquiera de actualidad, á gusto del actor.

me vuelvas á mandar con estas gangas; cualquiera saca partido de un tresillo en una casa de préstamos. Claro, el dueño tiene la mar de estuches, y uno, sólo la mala (pausa) la mala pata de costumbre. ¡Ah! Por el pantalón, cuarenta céntimos. (Se les entrega.) Ya ves, ¡cuarenta céntimos!; sólo los cuchillos que tenía valían dos reales.

ROSA (Malhumorada.) ¿Y por qué no te la ha cogido? (Indicando la sortija.)

CÉSAR Porque se figurará que es cosa de juego. Después de la coba que le dimos con los solitarios, un tresillo aburre á cualquiera. No hice más que entrar, presentarle la alhaja y me dijo riéndose: ¿Usted es cómico? Yo le contesté: Pues creo que no me habrá usted visto desempeñar nada, como no sea el chaleco blanco que llevo puesto. Lo digo, porque no tiene usted pelos en la cara, y de torero no es su tipo; pero...

ROSA (Interrumpiéndole.) Bueno, al grano, al grano.

CÉSAR ¿Al grano? Pues en cuanto le enseñé el anillo, chica, sin verle casi, sonriéndose con sorna, me contestó: Estos brillantes son americanos y desde la guerra de Cuba, tenemos un odio mortal á todo lo del otro mundo.

ROSA ¿Eso te dijo?

CÉSAR Conoció que eran americanos en cuanto los saqué. Ese tío debe haber sido geografía alguna vez.

ROSA (Enfadada.) Encima vente con gracias. Cuando traigan una cuenta, le sueltas unos chistes al que venga y verás qué gracioso.

CÉSAR Chistes no, pero *golpes* de esos que hacen la *mar* de hilaridad... (Indicando puñetazos.)

ROSA Pues tú diras qué hacemos. Mañana nos plantan en la calle y así no podemos seguir. Si tú fueses un hombre,

otra cosa sería de nosotros. Pero claro; eres un bragazas, un vago que no vales para nada...

CÉSAR ¿No dice que soy un vago y me acuesto á las nueve y me levanto á las once? (Pacientemente.) Bueno; como quieras.

ROSA ¿Qué bueno ni qué malo? ¿qué has hecho desde que nos hemos casado?

CÉSAR (Maliciosamente.) Eso no se pregunta, mujer.

ROSA ¿Qué dinero has traído á casa? ¿Me lo quieres decir?

CÉSAR (Algo enfadado.) ¿Y es cosa mía no haber nacido príncipe ruso ó concejal? ¿Tengo yo la culpa de que me echasen de la luz eléctrica, porque decían que me llevaba la *luz?* ¿No estuve en el Canal todo el tiempo que pude, á pesar de los reumas? Dí que soy el socio más desgraciado del Universo y que si me hago sastre, nacen los chicos hasta con mackferlan. Ayer fuí á buscar una colocación, y me dijeron que si la quería de jardinero, me la daban. ¡Dejar (pausa breve) dinero yo, figúrate!

ROSA Como el tío Pepe tome á guasa lo de tu enfermedad, vamos á pasarlo pero que muy mal.

CÉSAR Tal vez se apiada de nosotros y nos remita un par de fotografías hechas en la Casa de la Moneda, del simpatiquísimo (hace una reverencia cómica) Conde de Cabarrús. Entonces sí que voy á casa del prestamista impío ese, nada más que por decirle: tome usted esos cinco pesos, para que toda su familia se vacune directamente de la ternera; no se la vaya á poner el rostro como á usted, que tiene la cara como un mapa *coreográfico* del Japón.

ROSA Tú te las prometes en seguida muy felices ¿pero y si todo lo que estás hablando no es más que una novela?

CÉSAR (Con seriedad cómica.) Ah, no; si todas las

puertas se nos cierran, se verificará el drama que tú ansías. Ya le hemos evitado cuanto hemos podido.

ROSA Desengáñate; ese es el camino recto y seguro...

CÉSAR Sí; para ir á la cárcel. Pero por mí no ha de quedar. Estoy dispuesto á secundarte.

ROSA Total, un día de compromiso y se terminó. Como yo lo he fraguado, no hay ningún obstáculo.

CÉSAR Y después de todo, un muerto más ¿qué importa al mundo? Lo mismo dijo... quien fuese.

ROSA Teniendo mucho cuidado en hacer lo del entierro lo más disimuladamente posible... No necesitamos sino engañar á D. Eugenio.

CÉSAR Sí, pero si nos descubren...

ROSA Nosotros tenemos derecho á la vida.

CÉSAR Es verdad; no hemos de ser menos que esos viles animales que se encuentran en el último peldaño de la escala zoológica.

ROSA Así verás como terminan de una vez nuestros apuros y viviremos sin necesidad de trabajar. Nos marchamos de esta desdichada población y en cuanto pase un poco de tiempo, nadie se vuelve á acordar de nosotros. (Escuchando.) Acaban de llamar.

CÉSAR Un inglés, de seguro. Se lo he conocido en el acento.

ESCENA III

ROSA, CÉSAR y DON EUGENIO. Apenas llega éste, Rosa y César adoptan un aire compungido.

D. EUG. (Se sienta en cuanto entra.) Hijos míos, gracias á Dios que me dejan descansar un momento.

ROSA ¿Cómo está usted?

CÉSAR (Con tristeza cómica.) ¿Qué tal, D. Eugenio?

D. EUG. Por vosotros no hay que preguntar. Ya se vé que estais buenos.

ROSA (Despechada.) Sí, sí; divinamente.

CÉSAR (Igual.) Como los ángeles; puede usted creerlo.

ROSA De salud, no estamos mal. De lo demás lo mismo.

CÉSAR Ú peor si cabe; que me *paece* que no cabe.

D. EUG. ¡Hombre, ya se me olvidaba! He tenido carta de Pepe.

ROSA
CÉSAR } (Con interés grandísimo.) ¿Y qué?

D. EUG. Me pregunta qué tal sigue éste. (Por César.)

ROSA (Sonriendo.) ¡Ah, sí! Le he escrito varias veces diciéndole que se encuentra muy enfermo. A ver si así le tocamos en el corazón y nos ayuda un poquitito.

CÉSAR A ver si le tocamos en el corazón, vulgo bolsillo. ¿Y qué? ¿Se da por tocado? ¿Qué más dice?

D. EUG. (Sin darlo importancia.) Nada más; que te cuides mucho. Que hay crisis en Madrid y no sabe en lo que parará...

CÉSAR (Desilusionado.) Nos... partió. (Rosa se muestra disgustada.)

D. Eug. Me recomienda os encargue no seais botarates; que ya teneis edad para portaros como se debe.

César Pues por eso precisamente; *como se debe*, no podemos portarnos bien.

Rosa (No, sermones no faltarán; pero dinero no manda ni un cuarto.) (Á César.) ¿Lo ves como todo nos sale mal?

César (La verdad es que Rosa tiene razón. Si su plan no fuese tan fuerte, le ponía en práctica ahora mismo.)

Rosa (A D. Eugenio.) ¿Se convence usted de nuestra inocencia?

César ¿Vé usted como somos unas personas decentes, pero desgraciadas? Nuestra norma siempre ha sido el deber, que conste...

Rosa Crea usted que esto es insoportable. A usted se le puede decir; esta noche ni cena tenemos y comprenderá que así...

D. Eug. Entonces, os venís á cenar conmigo. No faltaba más.

César Bueno, bueno.

Rosa Muchas gracias, pero ¿qué sacamos con eso?

César (Queriendo convencerla.) Cenar, tonta.

Rosa Cuando una casa arde, poco se adelanta apagando una astilla. Demostremos nuestra conformidad hasta que la resignación se nos termine.

César (Ya se lo va á plantar.)

D. Eug. En casos así es cuando se demuestra el valor, el verdadero valor.

Rosa Pero se agota. ¡Si usted supiera los ratos que paso con éste cuando nos quedamos sólos! (César la mira significativamente.) Su afán es matarse.

D. Eug. (Riéndose.) ¿Este?

César (Dramáticamente.) Sí, señor; yo ¿qué? (Me siento héroe.)

D. Eug. Bonita solución.

Rosa El dice que ya que no podamos vivir los dos, se sacrifica gustoso porque yo tenga que comer.

CÉSAR (Nada; que me siento legendario.)

D. EUG. Pero eso es una atrocidad. ¿Por matarte tú, ibas á asegurar el pan á Rosa, hombre?

ROSA Sí señor, y por esto precisamente temo cometa una locura. César sabe que, en cuanto él muera, recobro la orfandad que papá me dejó, y no cesa de proponerme su muerte para que yo viva.

CÉSAR (Orgulloso.) ¿Usted qué se creía? Yo sé obrar como deben hacerlo los hombres. (Ahora era capaz de comerme en crudo á todos los héroes de la Historia de España. No sé si será porque es la hora de la cena.)

ROSA Le digo á usted que cuando se va de casa, temo que no vuelva.

D. EUG. (Lo creo.) ¿Tu resolución es firmísima?

CÉSAR Me figuro que inquebrantable.

ROSA (Arrodillándose.) Sálvenos usted, D. Eugenio. No me deje sola. (D. Eugenio la hace levantar.)

CÉSAR (Con este recursito no había yo contado.)

D. EUG. (No; y estos son capaces de cualquier atrocidad.) (A César.) ¿Pero tú estás resuelto á morir?

CÉSAR (Dudando.) Del todo; sí, sí; del todo.

ROSA ¡Compadézcase de nosotros!

D. EUG. ¡Calla! Me parece que he dado en el quid.

CÉSAR (Ya sabía yo que le convencía.)

ROSA ¡A ver, por Dios, á ver!

D. EUG. Es una solución muy fuerte, pero no hay otra. (A César.) ¿Tú estás dispuesto á suicidarte?

CÉSAR (¿A que me recomienda algunas pistolas y me fastidia?) Que sí señor.

D. EUG. Entonces, es preciso que mueras. (Rosa y César le miran asustados.) Tú necesitas morir para el mundo, pero puedes seguir viviendo.

CÉSAR ¡Ah! ¿Me propone usted que me meta fraile?

ROSA (Me parece que á éste se le ha ocurrido el mismo plan que á mí. Apostaría cualquier cosa.)

D. EUG. No, hombre. Creo que con fingir tu muerte, está arreglado todo.

CÉSAR (A Rosa.) Oye, nos ha calado. (Remediándolo.) Digo, nos ha salvado. Ahí tienes á un hombre discurriendo.

ROSA ¿Cómo, D. Eugenio, cómo?

D. EUG. Muy sencillo. Aquí no os conoce nadie. Yo mismo os doy un certificado de defunción, y así, para el Estado, figuras como viuda, recobras tu pensión, os vais á otro sitio y se terminó.

CÉSAR (Alegre.) ¡Muy bien! ¡Muy bien! (A D. Eugenio.) ¡Qué ingenioso es usted!

D. EUG. Pero que conste que yo me comprometo sólo porque varieis de conducta ¿eh? Yo lo arreglaré todo, tomais soleta y... (así me libro de sablazos).

ROSA No sé como pagarle lo que hace por nosotros, don Eugenio. ¡Gracias á Dios que hay un alma caritativa que nos ayude!

CÉSAR Estaba escrito que muriendo yo se arreglaba esto. No; y grave sí que debo estar. Me ha desahuciado hasta el casero.

ROSA Se me olvidaba preguntar á usted cómo vamos á matar á éste. (Por César.) Sí; no sea que incurramos en alguna contradicción con la mejor buena fe.

D. EUG. Tú no te ocupes de nada, mujer. (Pensando un poco.) Mira, para que no quede ningún cabo por atar. (Saca una libreta y escribe con un lápiz.)

CÉSAR ¿Son las esquelas de defunción? Le agradeceré á usted que no ponga la edad.

D. EUG. Es una receta. Toma, Rosa. (Se la entrega.) Manda á la botica de ahí al lado á por esto. Dí que urge. Así la muerte será auténtica. (Coge Rosa la receta y vase muy de prisa.)

ESCENA IV

CÉSAR y DON EUGENIO, á poco ROSA.

CÉSAR ¿Y de qué me va usted á matar? De un sablazo no será, porque estoy blindado.

D. EUG. (En guasa.) ¿De qué te querrías tú morir?

CÉSAR ¿Yo? De viejo. ¡Ah! ¿Dice usted así, en guasa? Pues de anemia cerebral como la Dama de las Camelias, ó arrullado por las ondulantes aguas de un riachuelo. Yo, luchando con las olas, (acción cómica) luchando...

D. EUG. (Se rie.) Hombre, eso es muy largo y muy público.

CÉSAR ¿Le parece á usted bien de una enfermedad secreta, tal como un disgusto conyugal con mi señora?

ROSA (Que entra.) Ya está. (Satisfecha.) Así aunque lo supiese álguien, ya no cabía ningún género de duda.

D. EUG. (A César.) He mandado á la farmacia á por morfina, cloral y belladona, porque vas á fallecer de una angina de pecho, ¿qué te parece?

CÉSAR Que es poco para matarme á mí una angina ¡y de pecho! No va á poder conmigo.

D. EUG. Bien fuerte era el pobre Domínguez y ayer le enterramos, y sólo por eso.

CÉSAR Como se enteren, se van á figurar en el pueblo que hay epidemia de anginas.

D. EUG. Ahora yo me encargaré de atar bien todos los cabos y mañana figurarás como muerto en donde debas.

CÉSAR ¿Donde *deba?* ¡Mire usted que es en muchos sitios! ¡Qué lástima que yo no

haya nacido rico! Le digo á usted que lo siento como si fuera cosa propia. Así da gusto, hay libertad para todo. En cambio, siendo pobre no puede usted hacer nada. Si no compra tabaco, le dicen que fuma de gorra. Si le compra, que mejor sería que no tirase el dinero en vicios... Y á propósito de tabaco. ¿Me hace usted el favor de un pitillo? (Le da don Eugenio la petaca y César se guarda unos cuantos.) Le digo á usted que siendo rico, lo que menos me importaba era tener dinero.

D. Eug. (Despidiéndose.) Vaya, muchachos; me parece que para visita de médico, va siendo un poco larga.

Rosa Que ya sabe usted cuánto se lo agradecemos.

César (Dándole la mano.) Gracias, don Eugenio, gracias. Que conste que si no hubiese sido por su plan salvador, mañana sabe Dios dónde estaria yo. (Como que el portero no aguarda ni un día más. (Llaman á la puerta.)

Rosa (Escuchando.) ¿Han llamado?

César ¡Vaya por Dios! Rosa, suéltale el Padre nuestro; perdónanos nuestras deudas, etc. (A don Eugenio.) No salgo á despedirle por... (Salen Rosa y don Eugenio.)

ESCENA V

CÉSAR, después ROSA, DOÑA DULCE, DON DOROTEO y DON EUGENIO. Doña Dulce y don Doroteo aparentan haber subido corriendo.

César (Escuchando desde la puerta.) Respiro. Son los vecinos. Menos mal. (Escuchando.) ¿Quién? ¿Yo? ¿Que me he muerto? ¡Vaya un lío! ¡Y vienen hacia aquí! (Azorado.) ¿Dónde

me escondo? (Dando vueltas.) ¿Qué hago? ¿Qué resultará de esto, Dios mío? (Sale corriendo hacia el cuarto de la derecha. Entran los personajes citados.)

D.ª DUL. ¡Pobre Rosa! ¡Jesús, qué nueva! (Don Eugenio mira a todos lados.)

ROSA (Bajo.) ¿Y César? ¿Nos habrá oído?

D. DOR. (A don Eugenio.) Calle usted, hombre. Ha sido un escopetazo.

ROSA (Bajo.) ¡Buena la he hecho!

D. DOR. (Bajo á don Eugenio.) Cuando el mancebo preguntó á la doméstica ¿para quién es esto? Yo le interrogué y me dijo: Su vecino don César, raro será que salga de esta noche y... (Sigue hablando con don Eugenio.)

ROSA (Yo voy á llorar por si acaso.) (Llora cómicamente.)

D.ª DUL. (Se sientan á un lado Rosa y doña Dulce y al de la camilla don Doroteo y don Eugenio.) ¿Pero no ha sido posible evitarlo? (Dirigiéndose á don Eugenio.)

D. EUG. Ya lo creo, digo, no señora. (Azorado.) No sé lo que me digo; ¡con lo que le quería! (¿Dónde estará César? Como salga ¿qué hago yo? ¡Hoy qué disgusto más gordo!)

D. DOR. ¿Y yo que creía que eso de las anginas no era tan grave?

D. EUG. Le diré á usted; aquí la angina no ha sido lo malo. Lo peor... (Siguen ellos hablando.)

ROSA (Llorando.) ¡Ay Dulce de mi vida! ¡En qué ocasión han llegado ustedes! ¡Ay mi César! Yo desde que han subido, no sé qué hacer. Si llorar, si reir... Estoy completamente loca. (Siguen hablando.)

D. DOR. (Por Rosa.) (¡Qué hermosa está!) (Á don Eugenio.) La viuda no sabe ni lo que le pasa.

D. EUG. ¿Qué viuda? (Remediándolo.) Ah, sí ¡pobre Rosa! antes la ha dado un vahído. Como todo ha sido tan inesperado, ni ella sabe en la situación que está.

D.ª Dul. ¿Y han amortajado ya el cuerpo? Porque sino Doroteo... los amigos, Rosa, son para estos casos.

Rosa (Llorando.) Sí, señora; no, señora; no ha habido necesidad. El pobre salió esta tarde á unas visitas y se puso todo lo mejor; hasta de calcetines se había mudado, y total, para esto. (Llora.)

D. Eug. (¡Jesús, en qué compromiso me he metido! Si no fuese porque está mi firma en la receta, lo descubría todo, pasara lo que pasase.)

D.ª Dul. Claro que tiene que ser así. Hace un momento le oí desde mi habitación y hasta parece que cantaba eso de *El mozo crúo*.

D. Eug. (Interviniendo en el diálogo.) Un padecimiento que no avisa (y uno que se va á marchar de aquí sin avisar tampoco.)

Rosa (¿Qué será de César?)

D. Dor. ¡No somos nada! ¡Nada! ¡Y á veces que se enfade uno porque le hacen mal el nudo de la corbata! Total para que le coma á usted la mísera tierra.

D. Eug. (¡Ojalá fuese verdad!)

D.ª Dul. Hija, en estos casos, la verdad, no sé qué recomendar. No hay más que tener mucha resignación y mucha calma.

D. Eug. (Con doble intención.) Eso, eso. Sobre todo calma.

D. Dor. Y en medio de todo, usted sólo ha perdido al marido.

D. Eug. (¡Valiente perdido!)

D. Dor. ¿Y mi padre, que en cuestión de horas se quedó sin mujer, sin dos hermanos y sin un perrito que le quería más que si fuese de la familia?

D. Eug. ¿Alguna epidemia?

D. Dor. No, señor; un choque.

D. Eug. (¡Hombre, que gracioso es este tío!)

D.ª Dul. No, no. De ningún modo. Esta noche sube usted á cenar con nosotros.

D. Dor. (Como acepte, buena la hemos hecho. Dónde tendremos la cena ya.)

ROSA Muchas gracias, Dulce, pero no tiene una ganas de nada. (¡Qué lástima, no poder decir que sí!)

D. DOR. Es preferible morir así, ¡qué caramba! Eso de que esté usted enfermo (á don Eugenio) seis meses, engañando á la familia y que á lo mejor, ¡zás! sin decir Jesús, estire usted la pata.

D. EUG. (Pero hombre; que afán por meterla tiene este señor. (Alto.) Sí, sí; es verdad.

D.ª DUL. Vaya, he dicho que no se preocupe usted por nada, ¿hay confianza ó no la hay? Quiquín ha ido á la Funeraria de parte mía y él se encargará de eso.

D. EUG. (Bajo.) ¿A la Funeraria? A mí me da algo. Estoy viendo que se presentan aquí el cura y el juez y que yo voy á la cárcel. ¿Quién me mandaría meterme en estos trotes?

D.ª DUL. El traerá la caja y las velas, ó las hachas; todo lo necesario.

D. EUG. (¿Hachas? Un verdugo es lo que hace falta.)

D.ª DUL. (A Rosa.) Sí, señora. Le hemos encargado traer lo preciso sin escatimar nada, porque en estos casos...

D. DOR. En estos casos no hay que mirar el dinero.

ROSA (A don Eugenio.) ¿Oye usted? Debía de ir para que no lo traigan hasta ver. ¿No le parece, don Eugenio?

D. DOR. ¿Hasta ver qué? La pobre está completamente trastornada. (Qué interesante está así, ojerosa.)

D. EUG. Se me ocurre una huída, (rectificando) digo, una idea. Sí, sí. Hay que arreglar eso, Rosa. (Se levanta y se dispone á marchar.) Ahora mismo voy al establecimiento y pediré una cosa barata, modestita. (Á don Doroteo y doña Dulce.) La intención del finado es esa y yo creo que debemos respetarla.

ROSA Sí, señor; yo estoy dispuesta á cum-

plir al pie de la letra su última voluntad.

D. Eug. (Con alegría.) A mí tampoco me resultan los lujos y las pompas para la otra vida. (En el momento de salir, entran Quiquín y el señor Antonio; aquél lleva en los bolsillos y las manos, una baraja, una lotería, un paquete de dulces y una botella, dejándolo todo encima de una silla, que estará inmediata al cuarto en que se encuentra César.)

ESCENA VI

Dichos, DON EUGENIO, el SEÑOR ANTONIO y QUIQUÍN, que demostrará á cada paso que es muy corto de vista.

D. Eug. (Desesperado.) Nada, que no me dejan marchar.

Sr. Ant. Buenas noches. Soy el empleado de la Funeraria. (Á doña Dulce.) ¿Es usted la señora viuda?

D. Dor. (Levantándose muy activo.) No, señor; afortunadamente para mí, es esa otra.

Sr. Ant. Mucha salud para encomendarle á Dios. Ya me han dicho que ha sido visto y no visto; y así tiene que haber sido. Esta misma tarde estuvo con unos amigos en casa del "Hojarasca„ por cierto que se portó como un caballero. Hasta pagó y todo. Tal vez se presentía el pobre lo efímero de esta vida.

Rosa (¡Ah, granuja! Lo de los pantalones; y decía que sólo cuarenta céntimos; ya le daré yo cuchillos.)

Sr. Ant. Crea usted que lo siento más que si fuese un hermano. Era un buen amigo.

D. Dor. (Á don Eugenio.) ¡Qué socios éstos! No viven más que de la desgracia del prójimo y llega un caso así y parecen la señora del difunto.

QUIQUÍN (Tropezando y á Rosa.) Rosa. No somos nada. Hay que acatar piadosamente los designios de la parca fiera. (Rosa y doña Dulce, hablan con el señor Antonio.)

D. EUG. Nada; que no me voy hasta después del sepelio. He matado á muchos de verdad y jamás me ha sucedido ni el menor incidente. Mato á uno de guasa, y un lío grueso.

SR. ANT. Vamos á ver lo que hace falta.

D.ª DUL. Pues pase usted á esa habitación (por la en que está César) y que éstos le ayuden. Yo me quedaré con Rosa. (Avanzan todos hacia la puerta.)

ROSA (Azorada y deteniéndoles.) No, no; que no pasen. Ha dicho que no pase nadie. (Comprende lo que ha dicho.) Siempre me encargó que si le sobrevivía, no dejase que le tocara siquiera ninguno de estos hombres. Son muy desconsiderados con los muertos.

SR. ANT. (Riéndose.) No haga usted caso de eso, señora. Es que él ignoraba que iba á ser yo el encargado de ello. (Avanza hacia la habitación.) Ya sabía él que le quería con...

ROSA (Deteniéndole.) No, no; de ningún modo; repito que quiero cumplir su voluntad al pie de la letra. Yo tendré la suficiente resignación para hacerlo.

D. DOR. Rosa, mujer. Eso es una locura. Serénese. La cosa no...

D.ª DUL. No sea usted niña. Eso es un imposible, ¿verdad, don Eugenio?

QUIQUÍN (Lo que hace el dolor; ¡oh, el dolor!)

D. EUG. (Yo me he metido á redentor y voy á salir... mejor dicho, no voy á salir, que es lo que más temo.) Bueno, Rosa. Si das palabra de estar serena, te permito que le veas.

ROSA (Me salvó.) Usted ya me conoce. Lo mismo decían cuando murió el pobre papá y no perdí un momento la tranquilidad.

QUIQUÍN (¡Qué tranquilidad! El amor; ved lo que es el amor.)

D.ª DUL. Vaya, que entren Rosa y don Eugenio y que les ayude uno de éstos. (*Por Quiquín y don Doroteo.*)

D. EUG. Estoy viendo que á mí me toca cargar con el muerto. No me faltaba más que eso.

ROSA Sí, sí. Quiquín. (Este ni le vé).

QUIQUÍN ¿Yo? A mí me repugnan estos actos, francamente.

D. EUG. (Y á mí.)

D.ª DUL. (*A don Eugenio.*) Pase usted delante y procure que le vea la infeliz lo menos posible.

D. EUG. (Lo malo es si le vé éste.) (*Por Quiquín.*) (*Muy alto.*) Rosa, vas á ver á César, pero es preciso que tengas mucha calma. Quiquín, vamos á dentro. (*Vánse Rosa, don Eugenio y Quiquín.*)

ESCENA VII

DOÑA DULCE, DON DOROTEO y el SEÑOR ANTONIO

D.ª DUL. Yo haré que Rosa se acueste y vosotros os quedais para lo que haga falta.

D. DOR. (Hoy la doy otro avance y cae.) ¿Subió Quiquín mi encargo?

D.ª DUL. No sé. (*Al señor Antonio.*) ¿Usted se quedará toda la noche?

SR. ANT. ¿Qué remedio me queda? Y eso que por ciertas personas no se puede sacar la cara. No merecen ni que les deje usted la acera. Al finado, le conocía yo como si le hubiese llevado en mis entrañas.

D. DOR. (*Con misterio.*) Él debía ser un poco aficionado á... (*Indicando á la bebida.*)

SR. ANT. Era aficionado á todo. ¡Hemos pasado unos ratos en casa del "Hojarasca„!

D.ª DUL. Aquí, en confianza, se puede decir; César era una mala cabeza.

SR. ANT. Como que la viuda no sabe lo que ha perdido; mejor dicho, lo que ha ganado.

D. DOR. No estoy enterado si tenía muchos amigos y deudos, pero lo que es deudas...

D.ª DUL. Que me perdone si le ofendo, pero he oído contar de él cosas muy feas. (Se oye un golpe en la habitación donde está César y todos se avalanzan á la puerta.)

D. DOR. ¿Qué habrá ocurrido?

D.ª DUL. Me lo estoy figurando.

ESCENA VIII

Dichos y QUIQUÍN. Pocos pasos después DON EUGENIO sosteniendo á ROSA que sale llorando. Dejan la puerta abierta.

D.ª DUL. (Á Quiquín.) ¿Qué ha pasado?

QUIQUÍN Que don Eugenio cerró la ventana, y como no se veía nada, por agarrar al muerto de la cabeza, cogí la de don Eugenio y le hemos dejado caer.

ROSA (¿Se habrá hecho daño?) (Se sienta.)

QUIQUÍN (Á su padre.) Juraría que en esa habitación han estado fumando.

D. DOR. (Riéndose.) Vamos, hombre, no seas miedoso.

SR. ANT. (Á Quiquín.) ¿Qué tal está?

QUIQUÍN (Dándole la mano.) ¿Bien y usted?

SR. ANT. (Retirando la suya.) Pregunto por el muerto.

QUIQUÍN Da gusto verle. Ni siquiera ha cambiado de color. Completamente, parece que está dormido.

D. EUG. (Al señor Antonio.) Esos padecimientos no

causan huella al principio, pero luego... como que voy á entornar la puerta para que no estén ustedes molestos. (Lo hace.) (Sino, ni se va á poder mover.)

D. Dor. (A don Eugenio.) ¿Usted se queda aquí por fin? Ya estamos...

D. Eug. Quiá, hombre, quiá; como ya le velan tres, y además, que tengo que hacer una visita urgente; pero vuelvo en seguida. (Sí, sí; en seguidita; como salga de aquí, no me ven más el pelo.)

D.ª Dul. No hay otro remedio; ya está usted más serena. Ahora á la cama; ya no se adelanta nada; á ver si puede descansar un poco.

Rosa Eso no es posible.

D. Eug. (Disponiéndose á marchar.) (¡San Exuperio, si me marcho ahora, te ofrezco lo que quieras!) Vaya, Rosita, á acostarte, no seas niña. Procura olvidar todo esto. Serénate y mucha calma, que es lo que hace falta. (Da la mano á doña Dulce.) ¡Adiós, señora!

Rosa (Levantándose.) ¿Pero se va usted á ir? No, no; no lo permito. Entonces no me acuesto, don Eugenio; usted comprenderá que debo quedarme.

D. Eug. (Aburrido.) Si vengo en seguida, tontina. Ahora no hacemos falta nadie. (Llevándosela fuera.) A acostarte, no hagas tonterías, Rosa.

D.ª Dul. (Que sale con Rosa y don Eugenio.) Buenas noches. (A don Doroteo.) Si ocurre algo, no teneis más que avisar.

Rosa (Al salir.) ¿Ustedes creen que voy á dormir estando mi marido como está? ¡Qué miedo me da dejarle sólo! (Vánse los tres.)

ESCENA IX

DON DOROTEO, QUIQUÍN y el SEÑOR ANTONIO

QUIQUÍN (Cómicamente.) ¡Hoy qué frase más sicalíptica!

D. DOR. (Á Quiquín.) ¿Subiste aquéllo?

QUIQUÍN Sí, señor. Allí he dejado la lotería y la baraja. El dominó no le he encontrado. (Se sientan los tres alrededor de la camilla. Quiquín frente á la habitación de César.)

D. DOR. (Al señor Antonio.) ¿A qué quieres que juguemos?

SR. ANT. Si pudiera ser al toro, que es lo que más me gusta.

D. DOR. Ya se vé en el traje que eres aficionado. (Quiquín coloca encima de la mesa, la baraja y la lotería.)

SR. ANT. Soy loco por el toreo. Yo he nacido para diestro, pero no tengo corazón.

QUIQUÍN (Asustado.) ¿Será verdad?

SR. ANT. Desde niño ya iba vestido de corto.

D. DOR. (Como todos.)

SR. ANT. Mi mayor gusto era hacer novillos. Ya vé usted, nací el día de San Cornelio en Toro; mi madre se llama Verónica y es de Cabra (Córdoba), y siempre he vivido en la calle de la Montera.

D. DOR. Entonces jugaremos al monte y tú haces *vacas* con éste (por Quiquín) y yo tallo.

QUIQUÍN Ese juego es muy tirado. Mejor es á la lotería.

SR. ANT. En eso no toca más que al Gobierno, mi amigo.

D. DOR. (Enseñándosela.) Si es á ésta, hombre. Pues duro con la lotería. Ante todo, á poner el dinero, que esto del juego es muy sagrado. (Sacan todos algunas perras y don Doro-

teo distribuye los cartones.) Quiquín; vete á ver que hace el difunto, anda. (Quiquín se asoma á la puerta.)

SR. ANT. (Mirando sus cartones.) Tengo la niña bonita, el abuelo y el punto de la grasa.

QUIQUÍN (Volviendo.) Será el miedo, pero yo apostaría que el muerto ha variado de posición.

D. DOR. El terno, se paga á cinco céntimos. (Revuelve las bolas en la bolsa.) La cuarta, diez y la quina ¿á quince?

SR. ANT. Es muy barata. Ni que se tratase de la sanguinaria; póngala usted á veinte.

QUIQUÍN (Alegre.) Eso es inverosímil. (Quiere decir indiferente.)

SR. ANT. El caso es solazarnos unas miajas, como diría (por Quiquín) aquí el señor. (Quiquín le mira despreciativamente.)

D. DOR. ¡Allá vá, señores! (Saca una bola.) ¡El veinticinco!

ESCENA X

Dichos y CÉSAR que se asoma, mientras los otros juegan.

CÉSAR Uno aquí cadavérico, y estos puntos tan divertidos. Si me dejasen jugar hacía unas cuantas posturas y eso que para posturitas estoy yo. (Quejándose.) Tengo el cuerpo, ¡ah! ¿pues y la cabeza? Me han hecho un chichón regularcito. (Por Quiquín.) Si yo cogiese al niño ese que parece un lapicero Faber, me las pagaba.

SR. ANT. (Alegre.) ¡Olé ya, mi diosa! Tengo un terno, señores.

CÉSAR Empeñado, de seguro.

D. DOR. (Comprobando.) ¿A ver? Será en casa, hijo mío. (Le pone las bolas de otro modo á como las tiene.) Esta no es de aquí.

CÉSAR ¡Valiente almeja está hecho ese funerario! De fijo se ha metido á enterrador, porque no valía para espada. Tanto postín y tiene miedo hasta á las botas de becerro.

D. DOR. (Cantando con guasa.) ¡El uno!

CÉSAR Ese, es el otro; también le arreglaré yo en cuanto deje mi lecho mortuorio. (Coge la botella y el paquete que ha dejado Quiquín sobre la silla inmediata á donde está.)

D. DOR. El 16, y cuarta. (Cobra la jugada.)

QUIQUÍN. ¿Pero si tengo tres cuartas desde hace un bienio?

SR ANT. Y yo, desde que terminé el crecimiento, tres cuartas y cuatro pies.

CÉSAR (Será y cuatro patas.) (Desenvolviendo el paquete.) Yemas. (Guardándoselas.) Tengo un hambre feroz. Y esto es vino. (Bebe.) Esto es gloria. A ver si me amalgamo y lo estropeo. (Bebe.) ¿Y qué? Después de todo, un difunto no tiene nada de particular que esté *alumbrado*.

SR. ANT. ¿Cuál dice que fué el anterior?

D. DOR. (Mirando la bola.) El 16.

SR. ANT. Entonces tengo antes la quina, sino que éste ha movido la camilla y me ha borrado las jugadas.

QUIQUÍN Son azares del juego, mi amigo, así que fastidiarse.

SR. ANT. Hombre, muy bien. (Gritando.) Yo creí que entre nosotros no valía levantar muertos.

CÉSAR Nos levantamos sólos, que es más nuevo. (Bebe. Al ver que discuten acaloradamente.) Me van á desgraciar la digestión. (Se oculta.)

D. DOR. (Gritando.) ¡Usted ha sido y á mí no me toma el pelo nadie! ¿Lo sabe usted? (Todo esto por el señor Antonio.) ¿Qué viene aquí con engaños? No juego más.

ESCENA XI

Dichos y ROSA, que sale asustadísima.

ROSA (Desde dentro.) ¡César! ¡César! ¿Qué sucede? (Todos se asustan sobremanera. Más tranquila al no ver á su marido.) (Creí que lo habían descubierto todo.) ¿Qué ocurre? Me han dado ustedes un gran susto; como gritaban tanto y hablaban de muertos... (El señor Antonio se apoya sobre una mano y se va durmiendo poco á poco.)

QUIQUÍN (Sonriente.) Es que la intranquilidad ha hecho presa en usted temiblemente. (¡Cómo me gustan las mujeres intranquilas! ¡Lástima de circunstancias!)

ROSA ¿Necesitan algo? ¿Tienen frío?

D. DOR. No, señora; vuélvase á la cama á descansar. ¿Y Dulce?

ROSA Bajó hace poco. (Se dirige á donde está César.) ¡Pobre marido de mi alma!

D. DOR. (Deteniéndola.) ¿Dónde va usted? De ningún modo. Ahora no está el médico presente y si ocurriera algo...

ROSA Si es que necesito verle, don Doroteo; de veras. Tengo que decirle una cosa urgente. (Comprende la indiscreción. Quiquín se sienta al lado de la camilla; hace solitarios.)

D. DOR. ¿Ve usted? Ya está desbarrando. No puede ser, no. (Con mucho cariño.) A la cama, y no piense en nada de esto, qué caramba. (Bajo á Rosa.) Ya sabe usted, que no faltará en este mundo quien la adore, encanto femenil. (Se oye un portazo en el cuarto de César. Se asustan todos.) ¿Qué? ¿Cómo?

ROSA (Para tranquilizarles.) El..... aire..... Antes abrieron el balcón y... (Al marcharse.) Ese hace alguna barbaridad. (Vase.)

ESCENA XII

Dichos, menos ROSA. Á poco CÉSAR.

D. DOR. (El aire... Pero... claro ¿quién iba á ser? (Alegre.) En cuanto se lleven á ese (por César) me quedo dueño del campo. No la soy indiferente, quiá. Es pan comido.) ¡Me molesta más eso de tratar con mujeres!

QUIQUÍN A mí me encocora.

D. DOR. (Dirigiéndose á la silla donde estaban las yemas.) Quiquín, ¿y eso?

QUIQUÍN Encima de aquella silla. (La indica. Don Doroteo mira por todos lados.) Si no se lo ha llevado la viuda en un rato de dolor... que no me extrañaría ni una mota, porque son asaz despreocupados.

D. DOR. (Coge la botella y bebe.) En fin, todos los tragos de esta vida sean como éste. (Si Quiquín se marchase, todavía daba á Rosa otro empujoncito y el desmigue.)

CÉSAR (Asomándose.) Sólo faltaba que este tío, más viejo que el Almidón Remy, se pusiese á hacer el amor á mi señora.

D. DOR. (¡Si no fuese por lo que estamos aquí...! Pero ya es pan comido. Me gustaba más cuando estaba casada; ya... ¿qué lo hemos de hacer? Me alegro por César, que era un amigo.) (Se sienta de espaldas á la habitación en que está Cesar.)

CÉSAR Gracias; no hay de qué. (Asomándose é iracundo.) Si me valiera... Dí que el papel que estoy desempeñando... (Alegre.) Les voy á dar un susto muy gordo, pero yo salgo ¿qué efecto les hará? (El señor Antonio, ronca silbando raramente al respirar. César se oculta.)

QUIQUÍN Este no es un funerario. Es una ocarina.

SR. ANT. (Dormido y asustado.) ¡Ya está ahí!

D. DOR. ¿Cómo? } (Levantándose asustados y mirando á todos lados.)

QUIQUÍN ¿Por dónde? }

SR. ANT. (Dormido.) ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Al corral (Se sientan Quiquín y don Doroteo.)

D. DOR. (Ya más sereno.) De qué buena gana te daba dos capones por escandaloso.

QUIQUÍN Este ser, es más comprometedor que un duro con hoja.

ESCENA XIII

Dichos, CELEDONIA y DON PEPE, en traje de viaje y con un maletín en la mano.

CELED. Pase usted, caballero. (Vase.)

D. PEPE (Al ver caras desconocidas.) Yo no conozco á estos señores. ¿Me habré confundido? (Quiquín y don Doroteo se levantan.) Buenas noches. ¿Don César Fernández? ¿Vive aquí?

D. DOR. (Un acreedor, de fijo.) No señor, no vive...

D. PEPE (Interrumpiéndole y disculpándose.) Entonces... ustedes perdonen... debe ser...

D. DOR. No vive, porque se ha muerto esta misma tarde.

D. PEPE (Sobresaltado.) ¿Qué ha muerto César? ¿Cuándo?

D. DOR. Hoy mismo, sí, señor. De repente.

D. PEPE ¿Cómo de repente? Rosa me había escrito... pero ese golpe. ¿Y Rosa? Necesito verla. ¿Dónde, dónde está? ¡Jesús!

QUIQUÍN (Conduciéndole hacia la puerta del foro.) Haga usted el favor. (Vánse los tres.)

ESCENA XIV

El SEÑOR ANTONIO y CÉSAR

CÉSAR (Asomándose.) ¿Qué pasará? Estoy algo mareado, pero por la voz... me temo que...

SR. ANT. (Dormido.) ¡Saca menos pincho, asesino!

CÉSAR (Mirándole) Es más entretenido que una colección de vistas. (Saliendo al centro de la escena.) Yo no sigo ahí, aunque me suban la contribución, que esto ya va de verdad. (Sale por el foro, con paso no muy seguro, en la dirección de don Pepe, don Doroteo y Quiquín, más en seguida, cruza la puerta, corriendo hacia el lado opuesto.)

SR. ANT. (Desperezándose.) ¡Ay, pinuares; ay, pinuares! ¡Atravesando pinuares! (Esto con tono flamenco exagerado. Al ver que no hay nadie, y ya más despierto.) ¡Qué bruto! ¡Cómo he dormitado! Ya no llego ni al funeral. (Se levanta y se dirige á donde estaba César. Al llegar cerca de la puerta, oye hablar por el foro y se para.)

ESCENA FINAL

ROSA, DON DOROTEO, QUIQUÍN, DON PEPE y el SEÑOR ANTONIO; después dichos, CÉSAR, DON EUGENIO y DOÑA DULCE. Rosa sale llorando.

D. DOR. Por aquí, pase usted. (Se dirige al cuarto de César.)

ROSA (No sé si decirle... ó...)

D. PEPE (En esta casa sucede algo extraño. (Don Doroteo entra en el cuarto de César. Se oye un golpe y sale aquél corriendo á escena, temblando.)

D. DOR. (Asustadísimo.) ¡Ay, ay, ay! ¡Santa Rita de Casia!

QUIQUÍN (Sujetándole.) ¿Qué ocurre, papá?

SR. ANT. (Riéndose.) ¡So cobardón!

D. DOR. ¿Y César? (Entra el señor Antonio y sale al momento con un miedo horrible.)

SR. ANT. ¡La iglesia! ¡Pues es verídico! Ahí no está el difunto. (Todos menos Rosa, miran atemorizados á la habitación.)

ROSA ¡Cataplúm!

CÉSAR (Que al aparecer en la puerta del foro se arrodilla. ¡Tío! (Más fuerte y avanzando.) ¡Tío! (Espanto mayúsculo, gritos, voces, etc.)

D. PEPE (Suponiendo la farsa.) Vaya; basta de engaños. Aquí no hay más tío que tú. (Rosa se avergüenza y César se levanta. Todos huyen despavoridos, excepto Rosa y don Pepe.)

QUIQUÍN (A su padre.) ¿Pero no es un muerto?

CÉSAR No, hijo mío; soy un vivo, aunque me esté mal el decirlo. (Avanzando.) Mírame, tócame si quieres. (Miedo general.)

D. PEPE Comprendo lo que sucede y veo sois incorregibles.

SR. ANT. (Malhumorado.) Me parece á mí que esto es una guasa pero que de muy *malage*.

ROSA (Arrodillándose.) Perdón, tío Pepe. El hombre...

CÉSAR (Interrumpiéndola.) Sí, tío; el hombre, digo el hambre hace locuras.

D. EUG. (Nada más entrar abraza á don Pepe.) Un millón de enhorabuenas, chico; acabo de recibir tu telegrama, he ido á la estación y ya no te encontré. (Aparece en la puerta del foro doña Dulce y se dirige á donde está su esposo, sin ver á César.)

ROSA (A don Eugenio.) ¿Cómo enhorabuenas?

D. EUG. Que éste va á Madrid de Subsecretario de Hacienda.

CÉSAR (Que sale corriendo y se encuentra de frente á doña Dulce.) ¡Viva España! (Abraza á su tío. Doña Dulce al verle la da un patatús.)

D.ª DUL. ¡Socorro! ¡César! ¡Dios mío! (Todos la sostienen.)

D. DOR. (Gritando.) ¡Agua! ¡Dulce! ¡Agua dulce!

ROSA (Llamando.) ¡Celedonia! ¡Traiga usted un vaso de agua con azucarillo!

D. DOR. (Calmando á su mujer.) Dulcita, si no se ha muerto, boba. Mira lo que ha sido.

CÉSAR (Que ha cogido la botella de vino.) Tomen ustedes, denla vino, que esto nunca está de más.

SR. ANT. (Si siquiera la pasase á ésta algo muy gordo, ya no perdía el viaje.)

D. EUG. (Á doña Dulce.) ¿Vé usted? Si no es nada. No se asuste. Ya se la pasa. Mire lo que ha sucedido.

CÉSAR (Bajo á don Doroteo.) A usted, ya le daré yo un encarguito.

D. EUG. (Á doña Dulce.) César no ha muerto.

ROSA Sí, sí que hemos muerto los dos. La muerte de César no es una ficción, es una realidad. Desde hoy, será otro muy distinto como lo seré yo.

QUIQUÍN ¿Pero y quién explica satisfactoriamente este logogrifo doméstico?

CÉSAR Cállate, angula casera.

ROSA (Queriendo explicárselo.) Verá usted...

CÉSAR (Interrumpiéndole.) Calma, Rosa. No seas prematura. Como eso es muy largo, antes nos despediremos (por el público.) de estos simpáticos señores que ya lo saben. (Avanza á las baterías.)

Aplaudidnos por favor
cuanto más fuerte mejor;
porque si no aplaudís fuerte,
vuelvo al lecho *del dolor*
y entonces, sí que es *la muerte.*

TELÓN

El triunfo conseguido con mi primera producción teatral, se la debo por completo á los notables actores cómicos don Ricardo Puga y don Fernando Viñas, quienes en los papeles de **César** *y* **Don Eugenio**, *respectivamente, rayaron la noche del estreno á una altura colosal.*

Un millón de gracias para ellos y para todos los artistas que tomaron parte en la representación.

El Autor.